

Un hombre que atrae a las mujeres

Señoras y señores:

Yo no debería estar aquí. Mi vida atraviesa por momentos difíciles y mi condición natural ahora es el aislamiento. Si acepté participar en esta mesa redonda en homenaje a uno de nuestros más respetables escritores, es porque en la invitación creí ver el indicio de una salida. En los últimos meses me he visto rodeado por una extraña atmósfera que me hace actuar sin pensar mucho en las repercusiones de mis actos, hasta envolverme en situaciones en que nunca hubiera querido encontrarme. Es como si no pudiera controlar mi futuro, y así los constantes presentes ya fueran afectados por un grave designio. En otras palabras –y en verdad al leerles esta página, así como fue al escribirla, busco serenidad en mi mente confusa–, siento que mi vida transcurre como en un sueño infinito, un sueño que primero fue tierna fantasía y luego vistió el ropaje de su hermana la irrealidad. Oh, ¡Dios!, sólo Dios sabe a dónde voy a parar. Doy muchas vueltas y me pierdo. Lo que me ocurre, ya lo habrán adivinado ustedes, ya lo habrán notado en mi rostro, ya en él habrán leído con más transparencia que en mis torpes palabras, lo que no me deja siquiera expresarme es que he perdido a una mujer.

Lo dije todo. Sé que voy demasiado rápido y no me gustaría ocupar con meras lamentaciones el espacio que me ha sido asignado; ustedes se preguntarán además por qué me refiero a asuntos de índole estrictamente personal, pero antes quiero ordenar mis ideas. Intento dar coherencia a una historia reciente que me afecta y me seguirá afectando por el resto de mis días. Debo estar sereno, me es preciso estarlo. Parte del triunfo que logre esta noche –un triunfo pequeño, es cierto: una primera versión de mi desdicha– depende en mucho de la serenidad y cordura que consiga siquiera esta vez.

Antes afirmé –no deja de afligirme la confesión– que he perdido a una mujer. No me detengo en la triste verdad –nunca dejaré de lamentarlo– sino en la forma en que quise expresar el hecho. Hablo de “pérdida” y con ello sólo quiero decir que ya no está conmigo. El mundo tiene a Carolina porque –¡oh Dios!– ella lo recorre con una compañía de cirqueros en que malamente fue a caer. ¡Ay, amor! ¡Ay, Carolina! ¿Por qué me castigas de esta manera? ¿Por qué cambiaste tu vida tranquila de Morelia por el ajetreo incesante de un circo de tercera? ¿Por qué cambiar mi amor por el de un payaso? ¿Qué te llevó a hacerlo?

No puedo ser complaciente, no puedo dar falsa imagen de la mujer que amo. Por desgracia la historia me acusa, pues si ella se volvió andariega fue porque en principio le negué mi posada. Confieso además que luego de haberla hecho mía una tarde, huí en una forma canallesca que ella no dejó de recordar en lo sucesivo y de lo cual ahora me arrepiento. Mi cuerpo buscó además otras texturas, pero en lo profundo mi alma –ahora lo sé, sólo ahora puedo sentirlo–, mi alma permaneció fiel a la figura de mi amada. La amé en la inconsciencia, y la razón me hizo correr.

No basta el arrepentimiento, lo entiendo. A nadie sino a mí puede parecerle en estos momentos nada tan lánguido como el arrepentimiento. Pasa el tiempo y a la distancia descubrimos que nuestra actuación no fue la debida, y que esa mujer que rechazamos –ésa y no otra– pudo habernos hecho felices. Ante la mujer el hombre es un enano miedoso, y si al principio percibí las maravillas que encerraba Carolina –delgada, frágil, hermosa–, quizá el asombro ante lo inusitado impulsó mi fuga. Huí de ella a sabiendas de que estaba lastimándola; huí de mí sin comprender el daño que me hacía.

Recuerdo sus cartas, sus llamadas telefónicas, su llanto. Fueron largos esos meses en que me rehusaba a escribirle, a responder a sus súplicas, meses en los cuales, extraviado en otros cuerpos, no sentí ninguna piedad ante sus lágrimas. Nos gusta herir, aun cuando esas heridas formen llagas en nosotros, aun con la certeza de que esas heridas traerán castigos que no podremos soportar.

Una mañana contesté el teléfono. En el auricular la voz de Carolina:

–Soy yo, te hablo desde la estación del tren. Vine a estar contigo, vine a buscarte.

Lo que parecía su último recurso es apenas el inicio de la historia. ¿Para qué hablar de mi negativa? ¿Para qué decir que me alejé de casa varios días sin que Carolina me encontrara, que leí con falso orgullo los papeles con letra nerviosa que deslizó bajo la puerta? La altivez fue gestando mi derrumbe. Y sólo meses más tarde pude comprender que yo la amaba.

Vino el tiempo del vacío. Es curiosa la manera como vamos sintiendo los espacios. Al responder con mi rechazo a la pasión de Carolina, me alimentaban la plenitud y la soberbia; al perder todo contacto con ella me invadió un paisaje yermo, un no existir de las cosas, un enfriamiento de la vida. Acudí

a otras mujeres con el malhumor y aburrimiento que acompañaba a quien ve en todos los teatros la misma función, con actrices torpes o descontentas con el papel que les asignaron, ennegrecidas, locas o seniles. Y esto me era ajeno.

Despertaba todas las mañanas percibiendo la misma atmósfera de mis sueños. Fue primero el sentimiento de la soledad, y luego —más preciso—, la ausencia de Carolina. En mi interior, como en la vida, vagué por las calles sin rumbo fijo, sólo tras el leve atisbo de una sombra que me hacía concebir su fantasma.

Era una imagen esquiva. En una de mis alucinaciones nocturnas perseguí a Carolina con una cámara fotográfica; ella deambulaba con tranquilidad frente a viejas iglesias y casas en ruinas, y por uno de esos angustiosos sinsentidos de que se alimentan los sueños, nunca pude alcanzarla. Entre el recuerdo intenso de la amada y las historias que la noche me deparó, fui consagrándome a su figura. Pensé que acaso ya era muy tarde para el reencuentro, pero quise buscarla. Empecé el viaje.

Sí, era yo quien te buscaba ahora, Carolina. Quizá tú misma lo deseabas con tanta fuerza en tu soledad que por fin acudí al llamado. ¿Me esperabas? Era mi temor. El tren siguió la vía a ritmo lento y yo en mi camerín, insomne, con la angustia de encontrarla en manos ajenas. ¿Me esperaría? Tras la oscuridad el tren en marcha; los cristales dibujaron las formas de la noche. Y al amanecer, Morelia.

Pocas ciudades tan propicias a lo maravilloso. En mis anteriores visitas a Morelia siempre sentí esa aura mágica que luego sólo he podido hallar en Florencia y Montevideo. Si me fuera dado nombrar a una ciudad, hermana de aquellas ciudades de mil historias, pienso que la llamaría Carolina. Pero esa mañana el cielo nublado sostuvo una continua llovizna que me acompañó de la estación al parque central en un murmullo gris.

Antes de estar con Carolina quise reflexionar, sentado en una banca, sobre mi condición de hombre. ¿Qué era lo que estaba haciendo? ¿Cuál era el rumbo que tomaba mi corazón? ¿Ante qué mujer me humillaba? No obstante, el destino ya todo lo había decidido.

Envuelto en lluvia, tomé el único camino que daría felicidad a mi vida, pero un largo temor congelaba mi cuerpo y me hizo andar despacio, muy despacio, con una calma que parecía prepararme a la tristeza. La casa estaba a oscuras, las ventanas cerradas, nadie entreabrió el cortinado. Pensé dejar una carta que anunciara mi presencia en la ciudad, insistí con algunos toquidos. Estaba en este menester cuando una niña, quizás ante el mandato de la madre, salió de la casa de junto y se dirigió a la puerta en que me encontraba, ya medio entristecido y cavilante. Recuerdo sus palabras frías:

—La señorita ya no vive aquí. Se fue de Morelia hace un mes. No dijo si volvería.

Imaginen entonces mi desesperación, esa profunda melancolía que inició en ese instante su más angustioso estado. No me despedí de la niña, caminé por muchas horas como inconsciente y hacia la tarde me aposenté a llorar en una de las jardineras de la plaza. Ahí pude presenciar un espectáculo que me conmovió al hacerme partícipe de una oscura metáfora.



La lluvia descansaba cuando las aves iniciaron su retorno al abrigo de los árboles. Me pareció extraño que no llegaran directamente a las copas, pues se instalaron en las construcciones aledañas al parque —la iglesia, el edificio de gobierno y las otras casas con portales. Con los minutos se formó un curioso cerco de aves que me rodeaba, como el público de una corrida de toros en espera del pase definitivo para abalanzarse sobre el matador y glorificarlo. Así, a un tiempo las aves remontaron el vuelo en danza circular hacia sus nidos, que formó sobre mí un remolino inquietante, mezclándose con parsimonia entre paraísos y laureles.

Esa noche regresé en tren a la ciudad.

Para mi pesar, la historia aquí no se detiene. Por muchos meses sostuve mis actividades normales e incluso soporté el hedor de alguna de mis antiguas cónyuges. Mas tanto recordaba a Carolina, ella estaba tan presente en cada segundo que, puedo decirlo, casi la olvidé. Así deberían haber quedado las cosas, en esa cotidianeidad incolora, pero el verdadero final ocurrió hace unos días y referirlo ahora, tan desnuda el alma, me conmueve, pues al hacerlo constato de nuevo mi caída. Porque siento que estoy sumergido en un mal sueño, y ¿no es verdad que cuando uno tiene conciencia del sueño eso quiere decir que pronto despertará? ¿Contar el sueño no es una forma de exorcizar los fantasmas que lo habitan?

Hace unos días, sí, hace unos pocos días se instaló en un lote baldío cercano a mi oficina un desvencijado circo trashuman-



te. La voz afónica de un payaso que recorría las calles, micrófono en mano y bocina al hombro, interrumpía diariamente mis ensimismamientos: "El circo de los hermanos Campos invita a todos los niños a su función circense", "La mujer barbuda y el payaso Boris", "El gran león y su amigo el elefante". Circo de viajeros, que aparece una mañana en el solar más humilde, vive de los pocos incautos que llegan a él y desaparece como si nunca hubiera existido, con payasos taciturnos, leones viejos de colmillos débiles, elefantes que sólo esperan la muerte, mujeres avejentadas y gordas que visten trusas pequeñas y se contonean, provocativas. Circo de las tristezas.

Lo triste llama a lo triste, y un hombre solo gusta de hacer cosas absurdas. El circo ya tenía una semana instalado y pensé que pronto abandonaría el lugar. Esas carpas roídas nunca llaman a las multitudes. Pagué una cantidad en mi concepto irrisoria, y me dieron lugar junto a unas diez personas —acaso dos familias con sus hijos atascados de dulces rancios— que apenas ocupaban un tramo del tablado en círculo que rodeaba la pista. Iba no a reír —a quién procuran risa esos espectáculos— sino a complacerme en la desventura ajena, siempre más terrible que la propia; o quizá simplemente pensaba distraer mis injustos reveses.

De la función no retengo sino una mirada, su mirada, los ojos de mi querida Carolina. ¿Cómo podía ser Carolina esa mujer de barba rojiza y carnes sueltas, que primero aplaudió al mago, luego jugó con el payaso (ambos el mismo individuo con nombres y trajes diferentes) y al fin subió al trapecio para

desarrollar desquiciantes piruetas? Era horrible pensar que fuera ella, era en extremo horrible siquiera imaginarlo. Pero era ella, sí, tenía que ser ella.

De pronto me vino un hálito esperanzador. El azar es sabio y dispuso este nuevo encuentro, cavilé. Quise reconstruir el periplo de la amada, y supuse que ante mi deplorable atrofia de quererla ella había optado por la vida errante y halló en ese circo, imagen de la infancia, su refugio. Ahora estaríamos juntos, ahora viviríamos felices, ahora...

Los que actúan, poco saben del espectador; tienden frente a él un velo oscuro y difícilmente clarifican sus rostros. De este modo explico el que Carolina no atendiera mi turbación al yo reconocerla, y continuara el espectáculo con la seguridad que le fue dando la costumbre. Vinieron los aplausos poco entusiastas y las caravanas; creí ver cuando ella tomaba de la mano al payaso Boris, pero entonces mi nuevo dolor aún era miope. Opté por deslizarme hacia los camiones que usan los cirqueros como casa y estuve un rato esperando hasta que apareció la bella Carolina. Jalaba de su barba como para desprenderla y entonces se fijó en mí. El payaso venía detrás y oyó mi susurro: "Carolina", pero siguió de largo, visiblemente molesto y contrariado. Ella esperó porque supo que yo hablaría.

—Amor —le dije—. Te busqué en Morelia pero te habías ido. He sufrido mucho sin ti, el destino nos vuelve a enfrentar, no me abandones.

Ella guardó silencio y quise besarla. Me detuvieron la barba rasposa y maloliente, y sus brazos rígidos. A lo lejos el payaso observaba la escena. Carolina pareció dudar, sentía el enojo de Boris y sólo balbuceó:

—No, Alejandro, no. Es demasiado tarde —volviendo su mirada a donde el hombre aquel.

Intenté retenerla apretando su cuerpo con el mío; el payaso dio media vuelta hacia su guarida, ofendido por mi actitud. Carolina se percató de todo y corrió, diáfana, gritando: "¡Jorge, Jorge!"

Así entendí que nada tenía remedio. Abandoné el lugar y vagué toda la noche por la ciudad. Al día siguiente busqué el circo, pero ya no estaba. Y en lo que fuera el centro de la pista lloré de nuevo por mi amada, la dulce Carolina. En mi memoria surgieron versos muy antiguos:

Adiós, Carolina, el cielo ha querido
sufriendo en el mundo dejarme sin ti.

En vano procuro buscar afanoso
en Dios el consuelo de tanto sufrir;
pasó ya aquel tiempo feliz y dichoso...
perdí, Carolina, perdí mi reposo
perdiéndote a ti.

Ésta es su historia. Mi futuro ahora es en verdad incierto y sólo columbro alegría si pienso que alguna vez Carolina sabrá de este relato, testimonio de un profundo amor. Mientras... acaso intentaré disiparme en otras mujeres, pues mi vida entera se ve marcada por un tórrido signo femenino. Amigo, novio, confesor, amante... Aunque está mal que yo lo diga, soy un hombre que atrae a las mujeres. ◇